

## CONSTANCIA

Mi abuela se llama Constancia, Constancia Bernal Hinojosa para servir a Dios y a usted, dice cuando le presentan a alguien. Dios siempre por delante: Si Dios lo quiere, válgame Dios, Dios mío, Dios nos agarre confesados, Dios mediante, por Dios Marco. Marco soy yo. Por Dios Marco, cómo te pones estos pantalones; por Dios Marco, sólo a ti se te ocurre ponerte a cantar a las seis de la mañana; por Dios Marco, cómo piensas que te voy a dar dinero si tú...Y sí, mi abuela se llama Constancia. Pocas veces he visto que a alguien le pongan un nombre tan adecuado. Es constante en todo, sobre todo en joder. Claro que esta palabra nunca la digo frente a ella. Un día me escuchó que dije idiota a mi hermano. Dios te va a condenar por grosero, me dijo mientras me pegaba en la mano. Imaginen lo que me hubiera dicho o hecho si me escucha decir la palabra joder. Me hubiera matado. Y sí que jode la vieja. Jode a su marido al que le exige compostura, buenos modales, dinero, joyas, coche, sirvientas y un puesto elevado en política. Jode a sus hijos, entre ellos a mis padres diciéndoles lo que tienen o no que hacer. Tú María, dejás de ver a ese muchacho, sólo Dios sabe de donde lo sacaste. Tú Raúl, a ver si sientas cabeza, Diosito debe estar muy triste con tu comportamiento. Tú Engracia, le tienes que rezar todas las noches a Dios para que te consiga marido, es que eres tan feita. Engracia es mi madre y no es tan feita como ella dice. Bonita no es, pero de eso a llamarla fea.

Mi mamá igual que yo odiamos a la abuela.

Con una constancia propia de ella decidimos los dos terminar con su vida. No es una empresa fácil ya que Doña Constancia es fuerte. Huesuda y fuerte. Su única falla en cuanto a la salud se refiere es la diabetes, enfermedad hereditaria: Dios sabe porque nos la dio a la familia, ya ven mi

padre tenía azúcar, mi abuelo también, concluía ella al referirse a ese mal. Matarla con un arma ni pensarlo, no somos amantes de la sangre. Envenenarla va a ser muy difícil pues ella misma se prepara sus alimentos día a día. Diosito nos envía alimentos que debemos evitar como prueba. Y evita todo: carnes, dulces, pastas...Lo peor es que esa regla es para todos. Sólo verduritas, dice. Y verduritas, como si fuéramos vacas, es lo que comemos.

¿Cómo deshacernos de ella? No había modo. Casi estábamos por usar una frase de ella: Dios nos la mandó por algo, cuando se me ocurrió a mí una idea, no a mi madre, que me den crédito por lo menos una vez en la vida. Repito se me ocurrió leyendo en un artículo en el Seleccionados que el azúcar sube cuando las personas tienen un disgusto, que eso está probado. Fácil, lo que tenemos que hacer es que se enoje todos los días. Cosa no muy difícil aunque en ella son enojos momentáneos pues siempre se sale con la suya y cuando eso sucede la mujer ríe o al menos sonrío. Quedamos, mi madre y yo en turnarnos con este fin. Una vez la voy a hacer enojar yo para que después seas tú y así todo el día. Lo importante es que no descubra nuestro plan, que lo que hagamos parezca accidental y no algo premeditado.

Empezamos, como por descuido, a dejar las cosas tiradas en el baño, en la recámara. Eso la enfurece. Con algún pretexto llegamos tarde a la hora de la comida. Fingimos dormir cuando es el momento de rezar el rosario en su recámara. Hacemos cosas sin pedirle permiso o al menos avisarle. Yo cantaba en la mañana al levantarme. Mi mamá retrasaba el chal que estaba tejiendo bajo la supervisión de ella. Molestamos a la sirvienta que era incondicional de la vieja hasta que se fue de la casa. Dejamos puertas y ventanas sin cerrar. A su gato consentido lo llevamos al otro extremo del pueblo. Yo le escondí sus gafas durante dos días. Mi mamá se presentó con un plato de milanesas, dizque regalo de una amiga.

Yo dije que me gustaba mucho Ninón Sevilla, que con una mujer así me gustaría casarme. ¡Por Dios, si es una mujerzuela. Basta verla en las películas!, explotaba ella. Un día en que por fin estuvo por perder el conocimiento fue cuando, por “accidente”, rompimos su figura de San Antonio que tenía en su buró. Dios los va a castigar, nos gritó.

Pasó un mes, dos, medio año, un año, dos, tres años y nada. El azúcar no le subía y ella estaba más rebosante de salud que nunca. Mi madre y yo empezamos a enflacar. A ella le subió el azúcar mucho más que a mí y yo dejé de tener hambre.

Cuando murió mi mamá mi abuela me dijo que Dios por algo hacía las cosas. Ahora que yo estoy en las mismas circunstancias, el doctor dijo que me quedan unos días de vida, la abuela me exige que me confiese, que rece a Diosito para que me acoja en el cielo. Eso hizo que me diera un coma diabético que por segundos me mata. Ya quedé ciego por la maldita diabetes juvenil. Ahora voy a morir. Mi abuela, que ya todos ustedes saben, es Constancia de nombre y acción, me trajo al cura por más que yo me negué. Me acaba de poner los Santos Oleos. Estoy por irme.

Diosito sabe porque hace las cosas, me vuelve a decir. Sí, abuela, tienes razón, El lo sabe. Mi abuela sonrió al oírme decir eso, sonrió como ella sólo sabe hacerlo.

Tomás Urtusástegui

2009